

## LA EXPERIENCIA PSÍQUICA Y LA EXPERIENCIA ESPIRITUAL BARCELONA, JUNIO 2008

Adolfo Chércoles Medina SJ

### LA EXPERIENCIA PSÍQUICA (correcta)

**Meta:** pasar del ‘principio del placer’ al ‘principio de realidad’, del **ESTÍMULO-RESPUESTA** a la **LIBERTAD**: el logro siempre será alcanzar la capacidad de responder acertadamente a la realidad desde la libertad.

**ESTÍMULO-RESPUESTA:** El sujeto no pasa de un “ser de necesidades”. No hay cabida para el discernimiento: es lo que el lenguaje popular ha plasmado con la palabra **capricho**.

Creo que es lúcido el análisis de **Lipovetsky** en *El imperio de lo efímero*: “la explosión de la información... los valores democráticos (autonomía, hedonismo psicologismo) impulsados por la cultura de masas y, más generalizadamente, por el sistema de la moda plena” son los causantes del “individualismo democrático” (p 261).

En efecto, éste se expresa a través de los tres ‘valores’ que denomina ‘democráticos’: la ‘autonomía’ que hace de cada sujeto un individuo aislado en la seguridad de unos derechos adquiridos; el ‘hedonismo’ que lo fija en la inmediatez del **estímulo-respuesta**, dejándolo ‘harto’ en una saciedad sin trascendencia; y el ‘psicologismo’ que lo encierra en el *Ego íntimo*, desvinculado de cualquier compromiso, haciendo un *hombre público cada vez más corporativista, pragmático, desilusionado*. (p 38 de **Formación I**)

Y si no hay ‘voluntad’ ¿qué queda? Los ‘valores democráticos’: ‘autonomía (conciencia opcional diseminada)’, hedonismo (**estímulo-respuesta**) y psicologismo (incapaz de objetivar ni ser objetivada, es decir, de ‘realizarse’). Si la ‘independencia individual’ necesitaba ‘límites’ (**Tocqueville**) y ‘no se puede pensar sin el auxilio de los demás, al margen de un clima intelectual e ideológico nutriente’ (**Lipovetsky**), ¿dónde están, tanto los ‘límites’ como el ‘nutriente’ de esta ‘conciencia personal’? Son preguntas que no podemos dejar de hacernos.

En efecto, hemos llegado a una *autonomía individual*, pero esto no quiere decir que hayamos alcanzado una madurez personal capaz de responsabilizarse ante la colectividad, capaz de trascenderse. “No se actúa en función del interés superior de la totalidad colectiva, se exige poder autodeterminarse y ser un centro libre, se rechaza la aceptación de ciertos límites a nuestra capacidad de iniciativa y a nuestro deseo de responsabilidad estrictamente individual. Estas distintas acciones han aparecido como un eco a la explosión del gusto por la independencia masivamente extendido en el consumo, en la vida en pareja, en la sexualidad, en los deportes y en el ocio. Que las acciones se hayan realizado colectivamente no quita nada al hecho de que sus resortes han sido de la misma naturaleza que los que animan los movimientos privados a la busca de una autonomía subjetiva y cuyo origen directo se encuentra en la generalización social de la forma moda.” (p 317). (p 42 de **Formación I**)

Si son verdad las afirmaciones que **Lipovetsky** hace, ¡y lo son!, las consecuencias no deben sorprendernos. Si es la ‘lógica de la inconstancia’ y el ‘gusto y el valor de lo Nuevo’ es lo que impera, si ‘normas fluctuantes’ son las que ‘socializan y guían nuestros comportamientos’, invadiendo todos los campos de la cultura, desde la ‘educación’ al ‘ocio’, no sé de qué nos extrañamos. Tenemos que reconocer que “La moda es nuestra ley porque toda nuestra cultura sacraliza lo Nuevo y consagra la dignidad del presente. No sólo en las técnicas, el arte o el saber, sino en el mismo modo de vida restablecido por los valores hedonistas. Legitimidad del bienestar y de los goces materiales, sexualidad libre y desculpabilizada,

*invitación a vivir más, a satisfacer los deseos y a 'aprovechar la vida', la cultura hedonista orienta a los seres hacia el presente existencial y exagera los fenómenos de volubilidad y la búsqueda de la salvación individual en las novedades como tantos otros estímulos y sensaciones propicios a una vida rica y plena. El reino del pasado no ha sido abolido; se halla neutralizado, sometido como está al imperativo incuestionable de la satisfacción privada de los individuos” (El imperio de lo efímero pp 304-5).*

Nadie puede discutir que esta descripción coincide con la realidad que vivimos. En ella hay un único principio dinamizador: el **hedonismo**. Pero este hedonismo ‘impera’ porque “**can do**”, porque son ‘estímulos y sensaciones propicios a una vida rica y plena’ que se nos oferta. Es, pues, exacto que el ‘pasado’ no ha sido ‘abolido’ sino ‘neutralizado’, en el sentido de no necesitar de él porque el reino del presente que es el único tiempo que vivimos en la infancia desde el esquema **estímulo-respuesta** sigue siendo válido, no necesitamos raíces que hagan brotar nuestra identidad; ésta sigue agotándose en un presente gratificante. El **Principio del Placer** sigue vigente: el ‘supermercado’ está abierto y la ‘tarjeta de crédito’ con fondos... (p 51 de **Formación I**)

En la medida, pues, que el niño vaya adquiriendo capacidades y valiéndose por sí mismo, esta adecuación **personal** con la **Realidad** tendrá que llevarla a cabo por sí mismo. Ahora bien, al no estar ‘programado’ por un instinto como el animal, tendrá que decidir, porque los **estímulos** se han multiplicado (los del niño de meses son elementales y estrictamente necesarios para su supervivencia) y a veces son hasta contrapuestos: tiene pues que **elegir**.

En un principio, esta ‘elección’ seguirá rigiéndose por el **Principio del placer (estímulo-respuesta)**. Pero dicho ‘principio’ no acaba de servir, por dos razones: primera, al ser numerosos los ‘estímulos’ no es tan fácil descubrir cual es el que me ofrece más ‘placer’; la segunda es más problemática: una vez elegido un estímulo descubre que hubiese sido mejor el otro. Y aquí entran la **inteligencia** y la **libertad** como alternativa al **estímulo-respuesta**, no como posibilidad de llevarlo a cabo (la estúpida conclusión “porque soy libre, puedo hacer lo que quiera”).

### **El gran equívoco.**

En efecto, he aquí el gran equívoco, ¡la **libertad no es estímulo-respuesta!** Si así fuera, el ser ‘más libre’ sería el ‘niño caprichoso’. En efecto, el capricho nadie lo considera un acto de libertad sino más bien todo lo contrario. Hay **libertad** cuando la persona en cuanto tal da una respuesta (adecuada o no) a la **Realidad**, pero de la que se **responsabiliza**, porque se ha hecho cargo de ella desde su **inteligencia**, no cuando se deja llevar por el capricho de turno. En una palabra, va liberándose del ‘Principio del placer’ y remitiéndose al ‘Principio de realidad’. El ‘estímulo-respuesta’ no está llamado a decidir; debe hacerlo la persona desde su inteligencia y libertad. Más adelante veremos la complejidad de la decisión, porque no toda decisión resulta ‘acertada’. (pp. 80-2 de **Formación I**).

En efecto, la **felicidad** no puede ser el fin último, sencillamente porque es puro don, sorpresa y plenitud que nos desborda; pero tampoco puede ser el fundamento de la acción y, con más razón, cuando lo que entendemos por ‘felicidad’ es la mera satisfacción de deseos por ‘sublimes’ que sean, que no nos ponen en juego sino que sencillamente prolongan nuestro primitivo mecanismo de comportamiento que hemos denominado **estímulo-respuesta**. Ahora bien, cuando lo deseable se convierte en posible, se integra de inmediato en la categoría de lo necesario (p. 58) y cuando la moral y la felicidad, ... se han fusionado -lo que actualmente resulta inmoral es no ser feliz (p. 57)- se convierte en aburrimiento. En una palabra, la felicidad no puede convertirse en fundamento de la acción.

Pero **Bruckner** prosigue: (la felicidad) hay que subordinarla, como el sufrimiento, a la libertad. Ni la ‘plenitud’ de la felicidad (sobre todo si la confundimos con el ‘placer’, ni la

‘desgracia’ (el sufrimiento), pueden convertirse en **sentido** (positivo-negativo), porque al no ‘trascendernos’ -se agotan en nuestra experiencia subjetiva- no son capaces de dinamizarnos como personas. En efecto, ni ‘la felicidad’ ni ‘el sufrimiento’ pueden fundar ni una moral ni una política, sencillamente porque no pueden ser proyecto sino ‘pasividad’ (tanto los momentos de acuerdo consigo mismo y de armonía con la naturaleza, como los de sufrimiento).

Por tanto, la única salida es que hay que enseñar a los hombres a que resistan a sus inclinaciones (el infantil esquema de comportamiento **estímulo-respuesta**), porque no todos los fines son compatibles y hay que jerarquizarlos, excluyendo algunos que sin duda apreciamos. Es al pie de la letra uno de los alcances del discernimiento en la mentalidad de S. Ignacio: “...para en alguna manera sentir y conocer las varias mociones que en el ánima se causan, las buenas para rescibir y las malas para lanzar” (EE 313). (pp. 94-5 de **Formación I**)

Pero a la hora de buscar qué ‘fines’ dan ‘sentido’ al hombre de hoy nos encontramos, sin duda, con la democracia. Ella es el único horizonte de ‘trascendencia’ que el ser humano encuentra en una sociedad “laica” (volveremos sobre el tema). Pero, como el mismo **Bruckner** reconoce, dicha democracia lleva consigo sus propias contradicciones. ¿Qué garantía tenemos de superarlas si, como dice **Lipovetsky** en **La era del vacío**, en esta sociedad que estamos ‘estrenando’, «el Yo ha sido ya pulverizado en tendencias parciales según el mismo proyecto de desagregación que ha hecho estallar la socialidad en un conglomerado de moléculas personalizadas» (p. 57)? En efecto, la socialidad ha sido sofocada por “la autonomía individualista”, donde “no hay nada más que el individuo soberano ocupado en la gestión de su calidad de vida” (cfr. **Lipovetsky**, en **El crepúsculo del deber** pp 83 y 92). Desde esta perspectiva difícilmente nos abriremos a la **libertad**, pues seguimos atrapados al **estímulo-respuesta**, desde el que sólo sabemos exigir, pero nunca podremos responsabilizarnos. (p 95 de **Formación I**)

Como **Bruckner** comenta con la agudeza que le caracteriza, cómo hoy, ‘el derecho’, llamado a ser ‘protección de los débiles’, se ha convertido en ‘promoción de los hábiles’ (**La tentación de la inocencia**, pp. 130-131). (p. 114 de **Formación I**).

En los apartados anteriores hemos constatado caminos sin salida: la identificación, sin más, de ‘estímulo-respuesta’ con ‘libertad’; el confundir felicidad con placer convirtiendo la que está llamada a ser ‘don’ y ‘sorpresa’ en ‘obligación’; reducir la experiencia personal (abierta y arriesgada) al mero individualismo (cerrado y seguro); el convertir el compromiso en una ‘participación a la carta... intermitente’; de buscar un sentido a la vida a ‘vivir sin más’; de ‘saber lo que se quiere’ a quedarse en el ‘disfrutar’ de lo que se presenta; pasar de una ética que nos compromete a un ‘derecho’ que nos asiste; de un **yo** que se ‘realiza’ a un **ego** que se protege (víctima)... Como **Bruckner** comenta con la agudeza que le caracteriza, cómo hoy, ‘el derecho’, llamado a ser ‘protección de los débiles’, se ha convertido en ‘promoción de los hábiles’ (**La tentación de la inocencia**, pp 130-131). (pp 113-4 de **Formación I**)

## PRINCIPIO DE REALIDAD

Esto nos plantea serios interrogantes. Nacemos bajo el **principio del placer** y estamos llamados a regirnos por el **principio de realidad**. Ahora bien, este proceso ni tiene calendario ni está asegurado. Podemos frustrarlo o, lo que es peor, que se nos imposibilite. ¿En qué sentido? Cuando lo que debería ser un proceso ‘normal’ se convierte en irrelevante porque ‘la realidad’ nos lo ‘demuestra’. En efecto, no sólo los padres siguen teniendo la posibilidad de

‘ahorrar realidad’ a sus crecidos hijos, sino que la ‘sociedad de consumo’ va programando nuestras apetencias. Más aún, el Estado debe cuidar de mí, y lo que debía haberse incorporado a mi interioridad (ética), se ha trasferido a un ‘Estado de derecho’ que debe seguir cuidándome.

Como observaba **Lipovetsky**, “*la exigencia de moralización del pueblo ha sido reemplazada por la acción pública... No son los regímenes de orden moral los que celebran la hegemonía de las obligaciones colectivas sobre los derechos individuales que perfilan de nuevo nuestras democracias, sino el Estado de derecho y la promoción social de la ideología jurídica*” (**El crepúsculo del deber**, pp. 206-207)

Es decir, el papel extrínseco, en un primer momento, del ‘principio de realidad’, llevado a cabo por los padres, estaba llamado a interiorizarse en la persona adulta (lo **ético**), y a vivirse en la convivencia: **madurez**. No hay cosa que más nos desconcierte que el ‘adulto’ caprichoso. Esta experiencia todos la hemos tenido (‘a este le falta un hervor’). Dicho en la terminología de **Freud**, éste sigue rigiéndose por el **Principio del placer**, al no haberlo sustituido por el **Principio de realidad**.

Pues bien, este proceso parece estar, en parte, bloqueado por “el retorno del derecho... como regulador de las sociedades democráticas del poseer” (**Lipovetsky**, loc. cit.). Estamos bajo el dominio de una fijación colectiva al **Principio del placer** (que inauguró nuestra entrada en la existencia, la infancia), llamado a ser sustituido por un **Principio de realidad** (reto de una adulthood madura). En efecto, este reto de la **madurez**, que nos hace vivir, no como un mero ‘ser de necesidades’, sino como un ser ‘no programado’ capaz de responsabilizarse (**libre**) dando respuesta a una realidad ‘opaca’, llamada a ser inteligible, ‘haciéndonos cargo de ella’, no parece plantearlo el entorno cultural.

Sin embargo, caigamos en la cuenta cómo el lenguaje da la razón a **Freud** cuando hablamos de que “esta persona se ha **realizado**”. El ser humano está llamado a “hacerse cargo de la realidad”, a incorporar el **Principio de realidad**, no a ‘idealizarse’. En esta tarea la **sublimación** va a ser el ‘mecanismo’ clave, que consiste en la progresiva renuncia a pulsiones que de suyo pretenden un placer primario. Pero esa energía de la pulsión si quiere contribuir al desarrollo humano ha de ser adaptada a una **Realidad** que no agota ningún ser ‘aislado’, ¡ni el humano! (p 81 de **Formación I**)

Y en este momento tenemos que preguntarnos algo importante: ¿qué es lo que posibilita que el mismo sujeto pase de regirse por un ‘principio’ a hacerlo por otro? ¿Esta sucesión de ‘principios’ lleva consigo la desaparición del primero? ¿Qué papel tiene en este proceso la función humanizadora por excelencia, la **sublimación**? ¿Puede llevarse a cabo ésta en cualquier circunstancia?

Después de todo lo dicho podemos intentar dar respuesta a estos interrogantes. Por lo pronto es interesante constatar que detrás de los pares contrapuestos de **placer-realidad**, **satisfacción-sublimación**, **estímulo-decisión**, descubrimos una contraposición permanente, **pasividad-actividad**, que equivale al más clarificador de cara a nuestras preguntas: **necesidad-libertad**. El problema de estos binomios es que no plantean ‘disyuntivas’ y, menos aún, ‘alternativas’, sino ‘retos’.

En efecto, el ser humano lleva en sí estos ‘pares contrapuestos’ y negar cualquiera de ellos no tiene sentido. Como síntesis de todos ellos (sin pretender ni mucho menos agotar la complejidad humana) podemos decir, sin temor a discrepar con nadie, que el hombre es a un tiempo **pasividad-actividad**, **necesidad-libertad**. O mejor dicho, empezó siendo pura **pasividad** y **necesidad**, pero estaba llamado a convertirse en dualidades contrapuestas. Ahora bien, estas dualidades **no son disyuntivas**, sino **dialécticas**. Siempre seremos ‘pasivos’, pero la pasividad no dará respuesta a nuestro ser personal; siempre somos seres ‘necesitados’, pero

la mera satisfacción nos dejará ‘hartos’. ¿Cómo, pues, mantener **dialécticamente** estos ‘pares contrapuestos’?

Es decir, de ser mera necesidad y pasividad, estamos llamados a vivirla desde la libertad y la decisión. Una cosa es que nuestra libertad esté ‘estimulada’ y otra que el estímulo se imponga y la agote. El placer es culmen en la satisfacción de una necesidad, pero todos intuimos que estamos llamados a **realizarnos**. La observación de **Freud** de que sólo *las tendencias sexuales coartadas en su fin (sublimadas)* suscitan en el ser humano *lazos más duraderos, pues las tendencias sexuales libres... susceptibles de una satisfacción completa... están llamadas a extinguirse en la satisfacción*, hemos visto que es exacta.

Por otro lado constatábamos lo escaso que es encontrar algo ‘duradero’ en el mundo que nos rodea, antes bien estamos bajo **El imperio de lo efímero (Lipovetsky)** y nos preguntábamos por qué ahora cada vez se daba menos la permanencia (la fidelidad).

Por lo pronto, el que se dé poco no quiere decir que no se dé en absoluto. Pero, ¿por qué tan poco? Y aquí conviene volver a los que nos están sirviendo de ‘guías’ por el laberinto de la posmodernidad. ¿No será porque la **felicidad** la hemos convertido en ‘placer’? En efecto, **Bruckner** constataba que cuando el placer es la única realidad, se confunde con el orden de las cosas y deja de ser placer, y pone el ejemplo de la ‘prostitución’ que convierte el acto más conmovedor en un comercio o un gesto mecánico.

¿No parece que el error está en usar el mismo término (placer) para designar experiencias tan dispares? No es lo mismo placer que felicidad (¡que no se puede concretar en ningún acto!); hartura que plenitud (¡que da sin agotarse!).

Los lazos más duraderos, por tanto, parecen describir experiencias personales que no se agotan en la ‘satisfacción’, sino que se mueven en el ámbito de la libertad, no de la necesidad; de la gratuidad, no de la exigencia; de la entrega, no de la posesión; del respeto, no de la manipulación. Y es que estos lazos duraderos surgen de tendencias sexuales coartadas en su fin, es decir, dinámicas descentradas de nuestro **Ego necesitado**, capaces de poner en juego un **Yo personal** sin miedo de diluirse sino que crece dándose, cuya identidad no son sus **necesidades** sino su ‘realización’ a través de la **inteligencia-libertad (compromiso)**.

Dicho de otra forma, el **placer** es una satisfacción en cuanto **ser necesitado**, mientras la **felicidad** sería la vivencia de **plenitud** en una persona que se pone en juego en cuanto tal (no una parcialidad ‘necesitada’) porque sabe lo que quiere y lo que le ‘merece la pena’. Sin embargo, no es fácil en los tiempos que corremos distinguir ambos conceptos cuando lo que se nos ofrece son experiencias gratificantes al alcance de la mano que parecen confirmarnos que el **estímulo-respuesta** no sólo es posible, sino realizable.

Ahora bien, esto, como el mismo **Bruckner** comentaba más arriba, prima la sensación en vez de la experiencia, el rozamiento en lugar del enraizamiento eludiendo la densidad de lo real... (**La euforia perpetua**, p 95). En efecto, tanto la ‘experiencia’ como el ‘enraizamiento’ suscitarían ‘lazos más duraderos’ hasta convertirse en raíces, pero ni la mera ‘sensación’ ni el ‘rozamiento’ pueden abrir a la ‘densidad de lo real’, no pueden realizarme y la persona en cuanto tal busca **realizarse**.

Se impone, pues, la pregunta que nos hacíamos más arriba: el ‘callejón sin salida’ al que parecía llevarnos la situación que estamos estrenando, ¿es ‘una sorpresa o una consecuencia’? Una realidad que nos posibilita satisfacer todos nuestros deseos (porque todo lo tenemos al alcance de la mano y hay solvencia económica para conseguirlo), no deja espacio para que surja la búsqueda, además de terminar por hastiarnos, pues todo deseo ‘susceptible de una satisfacción completa... está llamado a extinguirse en la satisfacción’.

El diagnóstico de **Lipovetsky** al final de **El imperio de lo efímero** no puede ser más lúcido a este respecto: “*el reino pleno de la moda pacífica el conflicto social, pero agudiza el conflicto subjetivo e intersubjetivo; permite más libertad individual, pero engendra una vida más infeliz*” (p 324). Una libertad individual (no comprometida) prescinde de lo social excepto

para exigirle (¡lo jurídico suplanta la moral!). Pero una libertad vivida así imposibilita toda disponibilidad, incapacitando para una ‘libertad compartida’ (que posibilitaría lo social), quedando el individuo aislado en el propio **Ego** (un **Ego infantil**, no un ‘**Yo personal**’). Esta postura provoca asfixia (agudiza el conflicto subjetivo).

En efecto, los rasgos que **Lipovetsky** descubre en el hombre de hoy son los de un **Ego infantil**: *desestructurado, inestable, influirle, disperso, confuso, superficial...*, con la diferencia que en el niño no hay problema (la situación está resuelta por unos padres que suplen su incapacidad), mientras en este hombre posmoderno su ‘Ego infantil’ se encuentra “*solo... frente a ese gran Otro que es la sociedad, inquietante, inmensa, incomprensible, se asusta de verse reducido a sí mismo*” (**Bruckner, La tentación de la inocencia**, p 144).

Esta constatación es indiscutible. La experiencia de un **Yo** frágil en sí mismo y amenazado por su entorno tiene que interrogarnos: cuando tenemos más ‘posibilidades’ nos sentimos menos ‘realizados’. Parece como si el único logro ‘personal’ (?) que hemos alcanzado sea un individualismo aislado cargado de ‘derechos’, pero sin capacidad de ‘hacerse cargo’ de la realidad a través de su inteligencia y desde la libertad (cf. **Zubiri**).

Y aquí puede ayudarnos el concepto de **vectorialidad** de la persona que **Julián Marías** nos describe en su libro **Antropología metafísica** de la siguiente forma: “*El hombre -no su cuerpo, no lo que tiene de organismo- necesita muchas cosas para vivir, y está referido a ellas mediante un sistema de proyectos, tensiones, recuerdos, anticipaciones, privaciones, que tienen intensidad y orientación, es decir, un carácter vectorial. Dentro de cada vida, las cosas se ordenan en una perspectiva rigurosa y cambiante, asumen diversas funciones o papeles, se ordenan en una jerarquía precisa, cuyo principio es interno a esa vida y no coincide con la que supondría una consideración exterior. Esos dos conceptos de ‘intensidad’ y ‘orientación’, propios del vector, biológicamente se convierten en ‘importancia’ y ‘significación’ o, si se prefiere, ‘sentido’...*” (**Julián Marías, Antropología metafísica**, Alianza Universidad, pp 88-89)).

El ser humano al no estar programado por un instinto como el animal, tiene que abrirse camino lo más ‘personalmente’ posible a través de lo que le rodea, y no ya material sino en cuanto posibilidades que no son necesitantes. Esta ‘referencia’ a ellas en forma de ‘proyectos, tensiones...’ tiene ‘carácter vectorial’: han de ‘ordenarse’ desde una ‘perspectiva rigurosa’ y con una ‘jerarquía precisa’, ambas regidas por un ‘principio interno a esa vida’, es decir **personalmente**.

En efecto, la dimensión personal de un individuo no la definen sus cualidades y capacidades objetivas (inteligencia, capacidad de trabajo, imaginación, etc.), sino su ‘orientación’, a dónde apuntan estas cualidades, qué es lo que pretende con ellas, en una palabra, su **vectorialidad**. Un individuo que pone en juego todas sus capacidades para hacer daño a los que le rodean en provecho propio, es una **mala persona**. Y esto no quiere decir que no posea cualidades indiscutibles, pero su ‘vectorialidad’ las convierte en peligrosas.

Un **Ego infantil**, es tan solo un ser ‘necesitado’ (sólo se mueve por el **estímulo-respuesta**) y no puede tener **vectorialidad**. Como diría **Freud**, se rige por el **Principio del placer**. Un **Yo personal**, tendrá una ‘vectorialidad’, más o menos suya (a lo mejor es la que ‘se lleva’), y ahí es donde se expresa su verdadera ‘personalidad’. Sólo la persona se puede abrir a la felicidad, el niño no pasa del placer (o más propiamente dicho, del estado placentero). Volviendo, pues, a lo que nos planteaba **Zubiri**, habría que decir que no hay posibilidad de ‘hacerse cargo’ de la realidad sin vectorialidad (proyecto, sentido...). Por otro lado, en situaciones ‘infantilizadas’, no parece muy probable que surja ninguna ‘vectorialidad’.

Ahora bien, esta incapacidad va a ser cada vez mayor. Las condiciones que el ser humano encuentra hoy en el Primer Mundo al comenzar su andadura, no favorecen precisamente su crecimiento personal. El descubrir que su experiencia de ser necesitado y dependiente del comienzo (meramente **pasiva**) está llamada (sin dejar de ser necesitado y dependiente), a

abrirse a la libertad y la autonomía, no al aislamiento, (experiencia **activa**), le va a resultar cada vez más complicado.

Y aquí voy a remitir a un hecho con el que todos nos habremos topado. Me encuentro con un matrimonio joven al que no veo desde el día de su boda y me invita a comer a su casa y así conocer a su hija que ya tiene tres años. La niña, comunicativa y simpática, acapara mi atención. De repente me lleva de la mano a su cuarto. Entro y contemplo aterrado muñecas hasta en el techo. Y yo me pregunto: “¿Qué lío tendrá esta criatura en su cabeza!” En efecto, la primera que le regalaron (si no fue ab utero matris suae) comenzó a relacionarse con ella, a ‘jugar’ (eso tan importante de cara a descubrir la dimensión activa en que se expresará la persona). Pero apenas ha comenzado esta búsqueda, le regalan otra, y otra... Al final, la madre las va colgando en la pared, pues incluso son decorativas. ¿Con cuál ha jugado? Con ninguna. Ninguna puede decirse que es la **suya**. No se ha **comprometido** con ninguna. Sólo ha podido **consumir** muñecas, y ‘pasa’ de todas.

Llevaba apenas dos meses poniendo este ejemplo en charlas sobre el tema que nos ocupa, y tuve la siguiente confirmación. Visitando unos amigos a los que no veía hacía tiempo, que tenían dos hijos, uno de meses y el mayor de unos tres años, ocurrió lo mismo: el mayor quiso que lo acompañase a su cuarto. Allí abrió un cajón lleno de cochecitos de plástico. El crío me miraba con unos ojos que se le salían de la cara. En ese momento le pregunté: “¿Cuál es el que más te gusta?” El niño sin mirar el cajón, bajó la mano y cogió el primero que palpó. ¡No podía saber cuál le gustaba más! ¡Había consumido cochecitos!

¿Qué va a ser de estas niñas y estos niños el día de mañana? ¡¡¡Seguirán consumiendo!!! No han podido descubrir lo que es relacionarse con algo hasta el punto de ‘hacerse cargo’ de él, de ‘comprometerse’, de considerarlo algo suyo (¿personal?), que les posibilite descubrir que estamos llamados a **realizarnos**, no a **consumir**. Lo primero nos llenará, nos implicará en la **Realidad**; lo segundo nos enterrará, nos dejará ‘hartos’. Estos críos, el día de mañana, seguirán ‘colgando’ o ‘echando en un cajón’ novios y novias, para después sacar la conclusión de que “el ser humano no está capacitado para hacer un compromiso definitivo”, el deslumbrante descubrimiento de los mentores del posmodernismo.

Vuelve a ser verdad la fábula de “la zorra y las uvas”: como no puede alcanzarlas es que no están maduras. No nos atrevemos o, sencillamente, ni se nos ocurre preguntarnos por qué no podemos alcanzar la felicidad. Lo que sí constatamos es el resultado: la ‘calidad’ de persona que surge de esta situación y que tan acertadamente nos han descrito tanto **Lipovetsky** como **Bruckner**. (Asusta constatar que la palabra ‘calidad’ se agota en las circunstancias, no llega a la persona).

Pero no nos basta con el análisis. Éste nos describe la Realidad, pero cuando dicha descripción se topa con callejones sin salida, necesitamos preguntarnos para, en lo posible, buscar respuestas.

Ahora bien, hay dos clases de respuesta: la **opinión** y el **pensamiento** (cfr. **Coulonval**). Hoy día vivimos de opiniones (¡tantas como personas!), y en este sentido subjetivas. Éstas en muchas ocasiones pueden ser valiosísimas, pero carecemos de pensamiento, de apuestas que intenten trascender el subjetivismo. ¿Es esto posible?

En un apartado anterior vimos la **Propuesta secular** ofrecida por **Bruckner** y a continuación nos interrogamos, de la mano de **Lipovetsky**, sobre lo problemática que resultaba dicha propuesta dados los ‘valores’ de que dispone nuestra sociedad posmoderna, constatando hasta qué punto estamos en un ‘callejón sin salida’ que, por otro lado, no es tan ‘sorpresivo’ sino sencillamente ‘consecuencia’ de unas circunstancias y posibilidades que nunca se habían dado en la historia de la humanidad.

Dicho de otra forma, mientras la equivocidad difumine nuestro pensamiento, no hay posibilidad de ninguna respuesta. Y la equivocidad parecía constatarla **Bruckner** en identificar **felicidad** y **placer**. Por otro lado veíamos que la confusión estaba en que el placer

es algo **pasivo** llamado a satisfacerse agotándose en sí mismo, mientras la felicidad no lo es: ni se agota ni harta; nos abrimos a ella desde la puesta en juego de nuestra realidad personal (es **activa**).

Es decir, esta dualidad que somos no podemos eliminarla por la equivocidad que ha provocado la situación de nuestro Primer Mundo. En efecto, desde la desgracia, en la ausencia total de ‘placer’ no es concebible la felicidad; pero su presencia no la asegura. El problema surge cuando las circunstancias posibilitan satisfacer prácticamente toda apetencia (por otro lado provocada más que ‘querida’). Esto nos lleva a confundir ‘satisfacción’ con ‘realización’ al identificar ‘placer’ con ‘felicidad’. Al hacerlo desaparece la vivencia de dualidad **pasividad-actividad, necesidad-libertad** que somos, viviéndolas disyuntivamente o como alternativas, cuando somos las dos cosas y hay que plantearlas **dialécticamente**.

Desde esta equivocidad (‘placer’-‘felicidad’) que nos lleva a eliminar una vivencia dialéctica de nuestra vida, difícilmente podremos plantearnos nada. Si la única tarea que tenemos es satisfacer necesidades, lo único que hay que plantearse es no dejar escapar ninguna posibilidad. En vez de ‘crecimiento personal’, lo que nos ha quedado es *‘el individuo soberano ocupado en la gestión de su calidad de vida’* (**Lipovetsky, El crepúsculo del deber**, p 72). Desde esta perspectiva, la única preocupación serán las ‘necesidades’ que hay que ‘satisfacer’ y “vivir sin más”. (Volveremos sobre este binomio ‘necesidad-libertad’).

Pero la raíz de este equívoco quizá haya que buscarla en el concepto de libertad del hombre actual. Volvamos una vez más a **Lipovetsky en La era del vacío**: *“Los modernos inventaron la idea de una libertad sin límites... Con los modernos, la idea de una realidad que impone sus leyes es incompatible con el valor de la mónada individual ontológicamente libre. Desafío a las leyes, a lo real, al sentido, el ejercicio de la libertad no admite límites para los modernos; se manifiesta por un proceso hiperbólico de negación de las reglas heterodoxas y correlativamente por una creación autónoma que decreta sus propias leyes... la libertad ya no es una adaptación o variación de la tradición, exige ruptura y la revuelta, la destrucción de las leyes y significaciones heredadas, una creación soberana, una invención sin modelo... Una sociedad por inventar, una vida privada por administrar, una cultura por crear y por desestabilizar, el modernismo no puede aprehenderse independientemente del individuo libre y origen de sí mismo.* (pp 94-95)

Es de agradecer el ‘descaro’ con el que **Lipovetsky** describe lo que nosotros ‘maquillaríamos’. En efecto, según él, la “libertad” a la que nos remitimos es una “invención”, que se fundamenta en una concepción del ser humano como “mónada individual ontológicamente libre”. En una palabra, es el “desafío a las leyes, a lo real, al sentido”, ya que “el ejercicio de la libertad no admite límites para los modernos”.

Difícilmente hubiésemos descrito la libertad que hoy vivimos con tanto ‘desparpajo’, diciendo por lo pronto que es una “invención” del hombre moderno. Hay que tener valor para denominar invención lo que ha sido medular en la experiencia humana (más adelante san Ignacio nos describirá esta centralidad de la libertad en la vivencia humana). Pero no termina aquí su osadía sino que reconoce que esta ‘nueva’ libertad surge de vivenciarse como “mónada individual ontológicamente libre”. Es de agradecer que en este caso no use la palabra ‘personal’ (cosa que hace en otros momentos), sino ‘individual’. Y es que ‘mónada’ sería incompatible con la experiencia personal (el ser humano ‘ontológicamente’ aislado no llegaría nunca a ser persona). Decir que la “libertad” me encierra en mi individualidad en vez de comprometerme es dar la espalda a la vivencia humana más elemental. Y en efecto, esto es lo que caracteriza, según nuestro autor, esta nueva libertad: el “desafío a las leyes, a lo real, al sentido”.

Estas referencias podemos justamente equipararlas a **socialidad, realizarse y vectorialidad**. Es decir, una libertad que no nos ‘socializa’ (más bien nos aísla), ni nos ‘realiza’ (¡nos subjetiviza!), y por tanto no nos trasciende, ¿no es permanecer en el más estricto **estímulo-**



**respuesta?** En vez de ‘invención’ ¿no habría que hablar de **fijación**? Son preguntas que podemos hacernos a partir de una descripción que, por desgracia, hay que reconocer que refleja la vivencia de libertad que el hombre de hoy reivindica. Volveremos sobre el tema. Pero los equívocos pasan factura y la realidad lo detecta. Veamos cómo el mismo **Bruckner** constata esta contradicción, aunque sin sacar todas sus consecuencias o al menos interrogarse. (pp 83-88 de **Formación I**)

Ahora bien, este “desarrollo humano” (¡el ser humano tiene que desarrollarse!) lleva consigo pasar del **Principio del placer** que rige nuestro comportamiento en los primeros años de nuestra existencia, al **Principio de realidad** que nos capacita para hacernos cargo de una vida que ha de responder a una realidad que nos condiciona y posibilita, de tal modo que una vida lograda es equivalente a una **vida realizada**. Es decir, sólo **trascendiendo** nuestra individualidad subjetiva nos ‘realizamos’.

Ahora bien, en este proceso de sustituir un “principio” por otro, la **libertad** será el único resorte capaz de llevarlo a cabo, con tal de no confundirla con lo que denominábamos **estímulo-respuesta**, que nos dejaría atrapados en el puro **ser-necesitado** que empezamos siendo. Dicho de otra forma, decíamos, que sólo a través de la libertad salíamos de nuestro pequeño mundo (subjetivismo) para abrirnos a la realidad poniéndonos en juego, dándonos. Era pasar del **Ego necesitado** al **Yo personal** cuya identidad no son sus “necesidades satisfechas” sino su “realización personal” a través de su libertad: **compromiso**.

La libertad, pues, es la única que puede capacitarnos para **trascender** nuestro ser-necesitado, para que no quedemos reducidos a nuestras dimensiones puramente **pasivas** sino que nuestra realidad personal sea capaz de arriesgarse en el compromiso, en la decisión. (pp 118)

En resumen, el ser humano, si quiere crecer, se ve abocado a la **trascendencia**. Una trascendencia, por lo pronto **humana**. Toda persona, por el hecho de serlo, la experimenta y, lo que es más importante, no sólo la echa de menos en los que le rodean, sino que él mismo sufre las consecuencias de su carencia. En efecto, conforme va careciendo de ‘trascendencia’ (en sentido ‘humano’) queda reducido a mero **ser-necesitado**, que cuanto más ‘satisfechas’ tiene sus necesidades, se siente más **harto**.

Habría que decir que el reto del ser humano es el de la **trascendencia**. Nace sin trascendencia alguna: estricto ser necesitado que ha de recibirlo todo sin poder dar nada. A medida que esta mera pasividad va abriéndose a la acción en una dinámica de descentramiento, va creciendo como persona, es decir va ‘trascendiéndose’.

Este proceso de crecimiento expansivo se experimenta en todo. Si volvemos a repasar por encima los distintos ‘hilos’ de la **red ilegal** en la que estamos atrapados, caeremos en la cuenta que todos y cada uno de ellos es un ‘cerrarse’ a algún tipo de trascendencia. Por ejemplo, la ‘Moda plena’ que a través de la ‘publicidad-información’ reducía lo cultural a un ‘escaparate’ permanentemente cambiante en el que todo estaba disponible de inmediato, nos encerraba en un **presente** sin memoria (**pasado**) ni prolongación (**futuro**) en el que no hay posibilidad de compromiso, sino la pura inmediatez del **estímulo-respuesta**.

Es decir, el tiempo puede vivirse sin la menor ‘trascendencia’, de forma puramente ‘tangencial’ desde un presente (siempre presente aunque pasando), como la rueda que toca tangencialmente el camino pero no percibe el recorrido. Sólo su centro (el eje) lo puede percibir. Un tiempo vivido sin memoria ni proyecto imposibilita una **biografía**. Hay biografía cuando, sin evadirse del presente, la vida está cargada de historia (pasado) y de sentido (proyecto = futuro). (p 119 de **Formación I**)

En efecto, los valores de nuestras democracias podríamos resumirlos en una ‘libertad’ e ‘igualdad’ que aseguren un ‘individualismo narcisista y hedonista cargado de derechos’

(**Lipovetsky**) que ha convertido la ‘felicidad’, que estaba llamada a vivirse como don y sorpresa, en ‘obligación’ (**Bruckner**). Es decir, los indiscutibles valores ‘democráticos’ de la ‘libertad’ y la ‘igualdad’ han de entenderse de modo que fomenten un individualismo ‘eufórico’. Pero esta libertad de la que se habla es ‘la mía’ y la igualdad es desde ‘mis derechos’. No es la libertad de todos y cada uno que ha de traducirse en restricciones propias, y los derechos, -¡que son **humanos!** y por tanto de todos-, han de concretarse en deberes personales. Pero no nos engañemos, la libertad y la igualdad que se defienden por encima de todo son aquellas que posibilitan un individualismo hedonista desde el que cada uno pueda asegurar ‘su’ felicidad. Sin embargo, no olvidemos lo que el mismo **Bruckner** observa al final de su libro **La euforia perpetua**: “*La felicidad no puede convertirse en el fin último de las sociedades humanas ni en el fundamento de la acción*” (p 215).

No ocurre lo mismo con los valores que nombra el Concilio que, paradójicamente, van a sacar a flote los ‘democráticos’ sin caer en el individualismo. En efecto, sólo desde la **inteligencia** es posible estructurar unos derechos para todos que garanticen una **igualdad** posible también para todos (no ‘exigir’ una igualdad ‘imposible’, porque no estamos dispuestos a cuestionarnos los ‘logros’ alcanzado en nuestro Primer Mundo); sólo desde la **voluntad** puede hablarse de una **libertad** que no es ‘estímulo-respuesta’ sino decisión arriesgada; sólo desde la **conciencia** el individuo se convierte en **persona**, con capacidad de responsabilizarse en gratuidad, no interesadamente; y sólo un horizonte de **fraternidad** superará un **individualismo narcisista**, cuya única meta es la ‘tolerancia’, para abrimos al logro de la **convivencia**. (pp 130-1 de **Formación I**)

Hoy día ‘no se lleva’ decir ‘en conciencia’ porque provocaría hasta burla, pero sí reclamar enérgicamente el ‘derecho a la propia intimidad’, aunque ésta sea reprobable. La **conciencia**, llamada a regir mi comportamiento personal **a lo largo del tiempo**, ha perdido su prestigio al considerarla como una instancia ‘represora’ de mi ‘omnímoda libertad’, mientras la ‘**intimidad**’ se ha convertido en la verdadera coartada de dicha libertad que no pasa del ‘estímulo-respuesta’, donde mi **Ego** se siente protegido sin la amenaza de ser vigilado.

Y es que, como hemos intentado mostrar en este apartado, la **conciencia** nos instala en el **tiempo** (en la ‘historia’, nos da ‘biografía’), la **intimidad** nos aísla de toda responsabilidad de cara al pasado (remordimiento) y de cara al futuro (compromiso). La ‘intimidad’ se agota en sí misma, no trasciende el presente, y desde dicho presente se justifica a sí misma. La ‘conciencia’, sin embargo, nos interpela porque trasciende el presente, tanto hacia atrás (remordimiento) como hacia delante (incoherencia), las dos formas de concretar nuestra responsabilidad. El niño, que sólo vive el presente no puede ser responsable de nada. (pp 153-4 de **Formación I**)

Pero ¿tiene sentido para el hombre de hoy recuperar la **conciencia moral**? Parece ser que no. Sin embargo, el posible interrogante tendría que plantearse desde la realidad existencial: ¿cuáles son los resultados que palpamos en nuestra sociedad ‘posmoralista’? ¿Qué alcance tiene la ‘autonomía individualista’ que vive el hombre posmoderno? Recordemos todo lo recogido en estas páginas de la mano de **Lipovetsky** y **Bruckner**: un ser ‘*influirle, inestable, disperso y frívolo que experimenta el desamparo, la depresión y la confusión existencial, más problemático para sí mismo y para los demás*’ (**El imperio de lo efímero**, pp 18-9 y 324), con un ‘*Yo, independiente de todos y de todo, aislado, aligerado pero también infinitamente vulnerable*’, ‘*con derecho a lloriquear*’ (**La tentación de la inocencia**, pp 143-4)...

Todo esto no es precisamente un logro y lo hemos denominado ‘callejón sin salida’ y descubríamos que no era precisamente una ‘sorpresa’ sino ‘consecuencia’ de un gran ‘equivoco’: confundir la **libertad** con el **estímulo-respuesta**, o lo que es lo mismo, la fijación en el **principio del placer** y no abrirse al **principio de realidad**. (p 161 de **Formación I**)

### No programada

**Capaz de decidir.** (Cfr. Emilio Calatayud: *Reflexiones de un juez de menores*: “A estos chavales que cometen hechos delictivos graves hay que privarles de libertad para solucionarles el problema que tienen.

*Aquí la Ley no es clara, porque dice que el menor con un problema de este tipo no está en condiciones para ello. Según la Ley, si el menor no da su consentimiento el juez tendrá que buscar una medida más adecuada para él y eso pasa por, junto a la ayuda del fiscal, condenarlo a que mientras sea menor de edad se ‘cure’ obligatoriamente. Para ello se le priva de libertad, aunque los psicólogos no creen que eso dé resultados porque sin voluntariedad no se cura la drogadicción; pero la voluntariedad en este caso está viciada. Habrá que privarle de libertad y obtener poco a poco la voluntariedad mediante el chantaje judicial o, como dicen los compañeros, ‘reforzamiento coercitivo’” (p 58)*

### Madurez > FIN de todo el proceso psíquico.

Tres observaciones sobre la **madurez**:

- primera: es algo que nadie posee al nacer siendo necesario tiempo (¡y mucho!) para que surja. ¡**La madurez se alcanza**, no se programa! Esto quiere decir que no se puede asegurar;
- segunda: que es muy posible que no podamos ponernos de acuerdo a la hora de definir en qué consiste, pero todos coincidimos a la hora de constatar lo contrario: **el hecho de la inmadurez**. (En Andalucía decimos ‘a este le falta un hervor’);
- tercera: que la inmadurez la constatamos en la **convivencia**. La persona aislada y sola no podemos saber si es madura.

Si estamos de acuerdo con estas tres observaciones, se siguen tres consecuencias:

- primera: no podemos darla por supuesto, ni en mí mismo ni en los demás;
- segunda: no es posible hablar de una madurez ‘clara y distinta’ sino que habrá muchas concreciones de ser maduro;
- y tercera: el ser humano para madurar tiene que abrirse a la convivencia y posibilitarla.

Estas tres consecuencias la convierten en algo bastante problemático: será algo que si no se da en la realidad, no existe (¡no se puede dar por supuesta!); que no se puede programar ni definir (¡existen tantas concreciones de madurez como biografías!); y que es algo tan ‘objetivo’ que no la puede comprobar la propia persona sino los que la rodean (¡en la convivencia!). Dicho de otra forma: la **madurez** es una **tarea** (no se puede asegurar), **personal** (cada uno tiene la suya) que ha de llevarla a cabo en la **convivencia** (no en el aislamiento, en el individualismo). (pp 61-2 de **Formación I**)

### Activa

**Dominio de sí** (¿cita de Freud de *Psicología de las masas y análisis del yo?*): “Es muy interesante observar que precisamente las tendencias sexuales coartadas en su fin son las que crean entre los hombres lazos más duraderos; pero esto se explica fácilmente por el hecho de que no son susceptibles de una satisfacción completa, mientras que las tendencias sexuales libres experimentan una debilitación extraordinaria por la descarga que tiene efecto cada vez que el fin sexual es alcanzado. El amor sensual está destinado a extinguirse en la satisfacción. Para poder durar tiene que hallarse asociado, desde un principio, a

*componentes puramente tiernos, esto es, coartados en sus fines, o experimentar en un momento dado una transposición de este género*". (S. Freud, **Psicología de las masas y análisis del yo**, en Id., **Obras Completas. III**, Madrid <sup>3</sup>1973, p. 2591).

**Interesada y práctica**

**Curiosidad: búsqueda**

**Lógica**

**Coherente, honrado...**

**¿En san Ignacio ‘tener sujeto’? (“*capaces e idóneos de ayudar a los demás después que ellos fuesen ayudados*”)**

**Un yo capaz de convivencia.**

## **LA EXPERIENCIA ESPIRITUAL**

**Totalidad**

**Pasividad que me potencia**

**Trascendencia: ¿sobrenatural?**

**Mi yo no focaliza nada: “suavidad y libertad” (Ignacio a Borja: 5-V-1552: “*finalmente en el tercero día yo me hallé en la sólita oración, y después acá siempre con un juicio tan pleno y con una voluntad tan suave y tan libre para estorbar, lo que en mí fuese, delante del papa y cardenales, que si no hiciese, yo tuviera y tengo para mí por cosa cierta, que a Dios nuestro Señor no daría buena cuenta de mí, antes enteramente mala*”)**

**(Cfr I Cor 4, 3-4)**

**Humildad: nada de protagonismo**

**Desproporción: sin causa precedente**

**Gratuidad**

**Sorpresa**

**¿Translógica?**

**Bueno (“honrado pero no bueno”)**

**I Jn 4, 1-4**

### **Pieri, Liberación, inculturación, diálogo interreligioso**

Por espiritualidad entendemos nuestra innata orientación hacia Dios en la medida en que es cultivada y se traduce conscientemente en un estilo de vida. Pero este modo de relación con Dios se manifiesta, ya antes de convertirse en una espiritualidad, como *coincidentia oppositorum* (coincidencia de opuestos), una combinación nada usual de dos tendencias antitéticas programadas en lo más íntimo de nuestro ser ya desde el momento de la creación: nuestra condición de criaturas, que nos humilla, y nuestra creatividad, que nos exalta. (p 273)

### **Marcel Proust, En busca del tiempo perdido.**

(Lo espiritual es fácil hasta que se accede a la realidad)

**San Juan de la Cruz: Cántico espiritual:**

*Mi alma se ha empleado,*

*y todo mi caudal en su servicio;*

*ya no guardo ganado,*

*ni ya tengo otro oficio,*

*que ya sólo en amar es mi ejercicio.*

*“...Y todo este caudal de es tal manera está ya empleado y enderezado a Dios, que aun sin advertencia del alma, todas las partes que habemos dicho de este caudal, en los primeros movimientos se inclinan a obrar en Dios y por Dios. Porque el entendimiento, la voluntad y la memoria se van luego a Dios, y los afectos, los sentidos, los deseos, los apetitos, la esperanza, el gozo y todo el caudal luego de primera instancia se inclina a Dios; aunque, como digo, no advierta el alma que obra por Dios. De donde esta tal alma muy frecuentemente obra por Dios, y entiende en Él y en sus cosas, sin pensar ni acordarse que lo hace por Él; porque el uso y hábito que en la tal manera de proceder tiene ya, le hace carecer de la advertencia y cuidado, y aun de los actos fervorosos que a los principios del obrar solía tener...”*

**Pieri:** *No es sólo en nuestra definición de Dios donde nos dejamos arrastrar por la pendiente antihumanista; eso mismo nos ocurre también cuando intentamos definir al ser humano como “animal racional”. A esta definición subyace la ecuación “bestia + razón = persona humana”, que se refiere únicamente a la bestia hominizada (es decir, Adán como cosmos irredento) que vive todavía conforme a la ley de la jungla, la ley de la “supervivencia de los mejor dotados”, aparte de que la razón, dejada a su libre arbitrio, resulta ser muchas veces el componente más engañoso de nuestro ser, capaz de justificar cuanto desea la bestia que hay en nosotros y de entregarse a crear ideologías deshumanizantes.*

*Pero la evolución de la bestia hominizada hasta elevarse a la condición de ángel humanizado - “ángel” significa literalmente “mensajero” de carne y hueso que anuncia la liberación inminente- es la transformación que preludia la nueva tierra y los nuevos cielos. La hominización del cosmos es un proceso que ha poblado la tierra de “animales racionales”, es decir, bestias hominizadas (Adanes); si se queda ahí, como un proceso inacabado, pierde toda su capacidad redentora al no desembocar en la humanización, es decir, en un avance progresivo hacia la plena humanidad.*

*Por humanismo entendemos la decisión libre y consciente de “asumir” como propio ese proceso. Obviamente, un movimiento o una organización no merecen llamarse humanistas simplemente por el hecho de que sus adeptos decidan llamarla así. Por eso es preciso que iniciemos nuestra indagación declarando, sin pretensiones de formular una definición, lo que es humanismo. Sugiero que humanismo puede entenderse como un ethos psicosocial difuso que nos inclina a desarrollar una agitación personal y comunitaria en pro de lo humano y su reafirmación incesante. También podemos entender lo humano como el abismo interior que hemos de sondear tanto en las profundidades de nuestro propio ser personal como en el horizonte último de nuestros esfuerzos en el campo social. En este marco, el humanismo nos orienta hacia nuestro Futuro absoluto (la Liberación total), capaz de llevarnos desde una primera etapa puramente “hominal” hasta la plena floración de un cosmos “humanizado”, es decir, el nacimiento del varón / mujer cósmico.*

*Puesto que lo “humano” es nuestro centro inmanente que se sitúa trascendentemente fuera de nuestro círculo “hominal”, nuestro avance hacia ese centro constituye un movimiento “excéntrico”. Dios-en-Jesús, que nos ama con un corazón humano y constituye nuestro Centro, es igualmente excéntrico en cuanto que también este Dios situado fuera del círculo divino (Flp 2, 6-11). Se abraza oficialmente el cristianismo cuando se profesa que Jesús es la excentricidad de Dios y que en Jesús nos humanizamos todos al hacernos también nosotros excéntricos concretamente al esforzarnos por hacer que sea Dios nuestro centro humano.*

*Dicho en otras palabras, un cristiano es alguien que cree que en Jesús se concentra todo el plan de Dios, un propósito que coincide con nuestro ascenso hacia Dios. Jesús es el núcleo de lo humano que, no sin nuestros esfuerzos por continuar su lucha a favor de la plenitud y la libertad, va creciendo siempre hacia el “pleroma de lo humano” o, dicho en términos técnicos, la plenitud de Cristo. Pero dado que todo Jesús es Cristo, aunque no todo Cristo es*

*Jesús, de ahí se sigue que proclamar que “Jesús es Cristo” es demostrar, de palabra y obra, que siguiendo al hombre Jesús en su excentricidad nos convertimos, en él y con él, en epifanía de la humanidad plena. En consecuencia, avanzar hacia lo humano, como nos enseñó el gran humanista jesuita Teilhard de Chardin, equivale a ejercer nuestra función obligatoria en la cristogénesis. (pp. 324-327)*

## **Kierkegaard**

*I. La desesperación de la posibilidad equivale a la carencia de necesidad.*

### **La razón de este fenómeno, según quedó ya demostrado, radica en la dialéctica.**

*Del mismo modo que lo finito es lo que limita respecto de la infinitud, así también es la necesidad lo que retiene en relación con la posibilidad... El yo, kata dynamin, es tanto posible como necesario; ya que sin duda es sí mismo, pero teniendo que hacerse. En tanto que es sí mismo se trata de una necesidad, en cuanto ha de hacerse estamos ante una posibilidad.*

*Si la posibilidad derriba a la necesidad por los suelos, entonces el yo sale en volandas a la grupa de la posibilidad, huyendo de sí mismo y sin que quede nada necesario a lo que retornar. Este es el caso de la desesperación propia de la posibilidad. Semejante yo se convierte en una posibilidad abstracta, debatiéndose hasta el cansancio en lo posible, sin que con todo se mueva del sitio, e incluso sin haber alcanzado ningún sitio, puesto que lo necesario es cabalmente un movimiento en el sitio. Hacerse uno a sí mismo es precisamente un movimiento en el sitio. Devenir significa in general un cambio de lugar, pero devenir uno sí mismo equivale a un movimiento sobre el terreno.*

*De esta manera, la posibilidad aparece cada vez mayor a los ojos del yo y éste ve surgir posibilidades por todas partes, ya que nada se torna real. Hasta que al fin todo es posible, lo que quiere decir que el abismo se ha tragado al yo. La más pequeña posibilidad necesitaría un poco de tiempo para realizarse, pero al final ya no hay tiempo, pues el tiempo necesario para la realidad se ha hecho cada vez más corto y en definitiva todo se resuelve en una instantaneidad desapoderada. La posibilidad va creciendo constantemente en intensidad, pero no en el sentido de la realidad, sino en el sentido de la misma posibilidad; ya que en el sentido de la realidad, lo intensivo consiste en que algo de lo que era posible se haga real. porque tan pronto como algo se revela posible y en el mismo momento ya esté pisándole los talones otra nueva posibilidad sin que hagamos nada por nuestra parte, nos encontraremos irremediablemente envueltos en un círculo de fantasmagorías, las cuales desfilarán tan rápidas que todo nos parecerá posible, y es precisamente en este momento definitivo cuando el individuo mismo ya no será otra cosa que un puro fantasma.*

*Al yo le falta realidad en esta situación. ¡No cabe duda! Y éste es en general el modo de hablar de la gente: por ejemplo, cuando nos dice que Fulano se ha hecho irreal. Pero mirando las cosas más de cerca, lo que propiamente le falta a nuestro individuo es la necesidad. Porque los filósofos no tienen razón al afirmar que la necesidad es la unidad de posibilidad y realidad, no, la realidad es la unidad de posibilidad y necesidad. Tampoco es falta de fuerza la que padece el yo cuando se dispara de un modo tan salvaje por los derroteros de la posibilidad, al menos no se puede entender esa ausencia de vigor como la entiende la gente de ordinario. No, lo que le falta es en realidad la fuerza de la obediencia, el vigor para someterse a la necesidad incluida en el propio yo, a lo que podríamos llamar sus fronteras interiores. La desgracia de semejante sujeto tampoco consiste en que no haya llegado a ser nada en el mundo, sino que su desgracia consiste en no haberse apercebido que*

*el yo que él es representa algo completamente determinado y en cuanto tal una necesidad. (pp. 66-67).*

*Desde luego, la antigua Dogmática tenía razón al afirmar que lo que acrecentaba la gravedad del pecado era cabalmente el hecho de que éste fuese contra Dios. La equivocación estaba en que se consideraba a Dios como algo exterior y al mismo tiempo se suponía que solamente algunas veces se pecaba contra Dios. Sin embargo, Dios no es nada exterior, algo así como un policía. Aquí lo que importa decisivamente es que el yo tenga la idea de Dios, y, no obstante, no quiera lo que Dios quiere, ni se someta a su obediencia. Tampoco es verdad que solamente se peque contra Dios alguna vez; puesto que todo pecado es cometido delante de Dios o, dicho con mayor exactitud, lo que propiamente hace de una falta humana un pecado es el hecho de que el culpable tenga conciencia de existir delante de Dios. (pp 122-123)*

*Se peca, pues, cuando delante de Dios y desesperadamente no se quiere ser uno mismo, o cuando, también de una manera desesperada y delante de Dios, se quiere ser uno mismo. Pero, ¿acaso no es demasiado espiritual esta definición del pecado? Antes de responder a esta pregunta, digamos que... concuerda perfectamente con la Sagrada Escritura, ya que en ésta siempre se define el pecado como una desobediencia... Esto es lo grave, esa terquedad nuestra que estúpida o insolentemente se mantiene ignorante o pretende ignorar que el yo humano, en lo concerniente a sus deseos e ideas más secretos, le debe a Dios una obediencia profundísima, de suerte que todo él tenga que ser oídos y docilidad para captar y cumplir con absoluta prontitud la menor señal de la voluntad divina en cualquiera de sus designios respecto de ese nuestro yo humano... el hombre empieza pecando por fragilidad o por debilidad, y en seguida -...- se pone a desesperar con ocasión de su propia debilidad y entonces, o se hace un fariseo que de una manera desesperada convierte todo en una cierta justificación legal, o desesperado se vuelve a hundir todavía más bajo en el pecado. (pp 124-125)*

### **San Juan de la Cruz, Cántico espiritual**

*Mi alma se ha empleado,  
y todo mi caudal en su servicio;  
ya no guardo ganado,  
ni ya tengo otro oficio,  
que ya sólo en amar es mi servicio,*

comenta lo siguiente, entre otras consideraciones: “...Y todo este caudal de es tal manera está ya empleado y enderezado a Dios, que aun sin advertencia del alma, todas las partes que habemos dicho de este caudal, en los primeros movimientos se inclinan a obrar en Dios y por Dios. Porque el entendimiento, la voluntad y la memoria se van luego a Dios, y los afectos, los sentidos, los deseos, los apetitos, la esperanza, el gozo y todo el caudal luego de primera instancia se inclina a Dios; aunque, como digo, no advierta el alma que obra por Dios. De donde esta tal alma muy frecuentemente obra por Dios, y entiende en Él y en sus cosas, sin pensar ni acordarse que lo hace por Él; porque el uso y hábito que en la tal manera de proceder tiene ya, le hace carecer de la advertencia y cuidado, y aun de los actos fervorosos que a los principios del obrar solía tener...”

**San Juan de la Cruz. Carta a un religioso desconocido. 14 de abril.**

...

3. Y por eso, para unirse con Él se ha de vaciar y despegar de cualquier afecto desordenado de apetito o gusto de todo lo que distintamente puede gozarse, así de arriba como de abajo, temporal o espiritual, para que, purgada y limpia de cualesquiera gustos, gozos y apetitos desordenados, toda ella con sus afectos se empleen en amar a Dios. Porque si en alguna manera la voluntad puede comprender a Dios y unirse a Él, no es por algún medio aprensivo del apetito, sino por el amor; y como el deleite y suavidad y cualquier gusto que puede caer en la voluntad no sea amor, síguese que ninguno de los sentimientos sabrosos puede ser medio proporcionado para que la voluntad se una con Dios, sino la operación de la voluntad. Porque es muy distinta la operación de la voluntad, de su sentimiento: por la operación se une con Dios y se termina en Él, que es amor, y no por el sentimiento y aprensión de su apetito que se asienta en el alma como fin y remate.

Sólo pueden servir los sentimientos de motivos para amar, si la voluntad quiere pasar adelante, y no más; y así, los sentimientos sabrosos de suyo no encaminan al alma a Dios, antes la hacen asentar en sí mismos; pero la operación de la voluntad, que es amar a Dios, sólo en El pone el alma su afición, gozo, gusto y contento y amor, dejadas atrás todas las cosas y amándole sobre todas ellas. De donde si alguno se mueve a amar a Dios por la suavidad que siente, ya deja atrás esta suavidad, y pone el amor en Dios, a quien no siente; porque si le pusiese en la suavidad y gusto que siente, reparando y deteniéndose en él, eso ya sería ponerle en criatura o cosa de ella, y hacer del motivo fin y término; y, por consiguiente, la obra de la voluntad sería viciosa. Que, pues Dios es incomprensible e inaccesible, la voluntad no ha de poner su operación de amor, para ponerla en Dios, en lo que ella puede tocar y aprender en el apetito, sino en lo que no puede comprender ni llegar con él. Y de esta manera queda la voluntad amando a lo cierto y de veras al gusto de la fe, también en vacío y a oscuras de sus sentimientos sobre todos los que ella puede sentir con el entendimiento de sus inteligencias, creyendo y amando sobre todo lo que puede entender.

4. Y así muy insipiente sería el que faltándole la suavidad y deleite espiritual, pensase que por eso le falta Dios, y cuando le tuviese, se gozase y deleitase pensando que por eso tenía a Dios. Y más insipiente sería si anduviese a buscar esta suavidad en Dios y se gozase y detuviese en ella; porque de esa manera no andaría a buscar a Dios con la voluntad fundada en vacío de fe y caridad, sino el gusto y suavidad espiritual, que es criatura, siguiendo su gusto y apetito; y así, ya no amaría a Dios puramente sobre todas las cosas –lo cual es poner toda la fuerza de la voluntad en Él-, porque asiéndose y arrimándose en aquella criatura con el apetito, no sube la voluntad sobre ella a Dios, que es inaccesible. Porque es cosa imposible que la voluntad pueda llegar a la suavidad y deleite de la divina unión, ni abrazar ni sentir los dulces y amorosos abrazos de Dios, si no es que sea en desnudez y vacío de apetito en todo gusto particular, así de arriba como de abajo: porque esto quiso decir David (**Sal 80, 11**) cuando dijo: *Dilata os tuum, et implebo illud.*

5. Conviene, pues, saber que el apetito es *la boca* de la voluntad, la cual *se dilata* cuando con algún bocado de algún gusto no se embaraza ni se ocupa; porque cuando el apetito se pone en alguna cosa, en eso mismo se estrecha, pues fuera de Dios todos es estrecho. Y así, para acertar el alma a ir a Dios y juntarse con Él, ha de tener la boca de la voluntad abierta solamente al mismo Dios y vacía y desapropiada de todo bocado de apetito, para que Dios la hinche y llene de su amor y dulzura, y estarse con esa hambre y sed de solo Dios, sin quererse satisfacer de otra cosa, pues a Dios aquí no le puede gustar como es; y lo que se puede gustar, si hay apetito, digo, también lo impide...



**Juan 1, 18:**

A Dios nadie le ha visto jamás: el Hijo único, que está en el seno del Padre, Él lo ha contado.

**I Juan 4, 12:**

A Dios nadie le ha visto nunca. Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros y su amor ha llegado en nosotros a su plenitud.

**I Juan 4, 19-21:**

Nosotros amemos, porque Él nos amó primero. Si alguno dice: “Amo a Dios”, y no ama a su hermano, es un mentiroso; pues quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios a quien no ve. Y hemos recibido de Él este mandamiento: quien ama a Dios, ame también a su hermano.

**Juan 9, 39-41:**

Y dijo Jesús: “He venido a este mundo para un juicio: para que los que no ven, vean; y los que ven, se vuelvan ciegos”

Algunos fariseos que estaban con él lo oyeron y le dijeron: “¿Es que también nosotros somos ciegos?”.

Jesús les respondió: “Si fuerais ciegos, no tendríais pecado; pero, como decís: ‘Vemos’, vuestro pecado permanece”.

**Jeremías 18, 18:**

Entonces dijeron: “Venid y tramemos algo contra Jeremías, porque no va a faltarle la ley al sacerdote, el consejo al sabio, ni al profeta la palabra. Venid e hirámosle por su propia lengua: estemos atentos a todas sus palabras.

**2 Timoteo 4, 3-7:**

Porque vendrá un tiempo en que los hombres no soportarán la doctrina sana, sino que, arrastrados por sus propias pasiones, se harán con un montón de maestros por el prurito de oír novedades; apartarán sus oídos de la verdad y se volverán a las fábulas.

**Psicopatología de la vida cotidiana (1900-1901)** p 915: Esta comprensión de la determinación de nombres y números elegidos arbitrariamente en apariencia puede, quizá, contribuir al esclarecimiento de otro problema. Conocido es que gran número de personas alega, en contra de la afirmación de un absoluto determinismo psíquico, su intenso sentimiento de convicción de la existencia de la voluntad libre. Esta convicción sentimental no es incompatible con la creencia en el determinismo. Como todos los sentimientos normales, tiene que estar justificada por algo. Pero, por lo que yo he podido observar, no se manifiesta en las grandes e importantes decisiones, en las cuales se tiene más bien la sensación de una coacción psíquica y se justifica uno con ella. «Me es imposible hacer otra cosa.» En cambio, en las resoluciones triviales e indiferentes se siente uno seguro de haber podido obrar lo mismo de otra manera; esto es, de haber obrado con libre voluntad no motivada. Después de nuestros análisis no hace falta discutir el derecho al sentimiento de convicción de la existencia del libre albedrío. Si distinguimos la motivación consciente de la motivación inconsciente, este sentimiento de convicción consciente no se extiende a todas nuestras decisiones motoras. ‘De minimis non curat lex’. Pero lo que por este lado queda libre recibe su motivación por el otro, por lo inconsciente, y de este modo queda conseguida, sin solución alguna de continuidad, la determinación en el reino psíquico.

**El malestar en la cultura**, t III, pp 3017-8

Uno de estos hombres excepcionales se declara en sus cartas amigo mío. Habiéndole enviado yo mi pequeño trabajo que trata de la religión como una ilusión, respondiéndome que compartía sin reserva mi juicio sobre la religión, pero lamentaba que yo no hubiera concedido su justo valor a la fuente última de la religiosidad. Esta residiría, según su criterio, en un sentimiento particular que jamás habría dejado de percibir, que muchas personas le habrían confirmado y cuya existencia podría suponer en millones de seres humanos; un sentimiento que le agradaría designar «sensación de eternidad»; un sentimiento como de algo sin límites ni barreras, en cierto modo «oceánico». Trataríase de una experiencia esencialmente subjetiva, no de un artículo del credo; tampoco implicaría seguridad alguna de inmortalidad personal; pero, no obstante, ésta sería la fuente de la energía religiosa, que, captada por las diversas Iglesias y sistemas religiosos, es encauzada hacia determinados canales y seguramente también consumida en ellos. Sólo gracias a éste sentimiento oceánico podría uno considerarse religioso, aunque se rechazara toda fe y toda ilusión.

**El malestar en la cultura**, t. III, p 3040

Gracias a su constitución, una pequeña minoría de éstos logra hallar la felicidad por la vía del amor; mas para ello debe someter la función erótica a vastas e imprescindibles modificaciones psíquicas. Estas personas se independizan del consentimiento del objeto, desplazando a la propia acción de amar el acento que primitivamente reposaba en la experiencia de ser amado, de tal manera que se protegen contra la pérdida del objeto, dirigiendo su amor en igual medida a todos los seres en vez de volcarlo sobre objetos determinados; por fin, evitan las peripecias y defraudaciones del amor genital, desviándolo de su fin sexual, es decir, transformando el instinto en un impulso coartado en su fin. El estado en que de tal manera

logran colocarse, esa actitud de ternura etérea e imperturbable, ya no conserva gran semejanza exterior con la agitada y tempestuosa vida amorosa genital de la cual se ha derivado.